
ROMANCE DE LAS ESCARPIAS.

Estás de pié, Granaditas,
Mas tus heridas abiertas,
Y tus ventanas cual huecos
De espantable calavera.
Estás de pié, Granaditas,
Y triste el pueblo contempla
La sangre que en tus paredes
Parece que no se orea.
Son como hondas cicatrices
Los remiendos de tus puertas,
Que muerte, y sangre y horrores
Al pasajero recuerdan.

Estoy viendo que en tumulto
La muchedumbre te cerca:
¿Qué es lo que quiere decirte?
¿A qué ha venido, qué espera?

El púlpito se levanta
 Sobre aquel mar de cabezas,
 Y "¡ay del insurgente!" clama
 Desde lo alto Labarrieta,
 Sacerdote, y fiel sirviente
 De la Iglesia y de Venegas.
 De su voz, que al trueno imita,
 Se desata el anatema,
 Y el gentío se anonada
 Cuando alza sus manos trémulas.
 Los acentos furibundos
 De su acerada elocuencia,
 Se dirigen á unas cajas
 De negros paños cubiertas,
 Y que el vulgo conmovido
 Ya sospecha lo que encierran
 "Oyeme, Miguel Hidalgo,"
 Exclamó la voz siniestra,
 "Fuiste en el mundo mi amigo,
 "Mas á tal crimen, tal pena."
 Y salieron de las cajas
 Como por sí, unas cabezas
 Con los cabellos hirsutos,
 Con manchas de sangre negras,
 Amarillas, espantosas,
 Rígidas, pero completas,
 Que con los ojos cerrados
 Mudan giran y voltean.

"Escarmiento!" grita el Padre,
 Y la multitud se aterra,
 Y su voz se repercute
 En las montañas excelsas,
 Cual si sus gritos lanzara
 Desde la ciudad escueta,
 La congoja reprimiendo,
 Que ni á respirar acierta.
 El pueblo va conociendo
 De una en una las cabezas,
 Y los nombres en voz baja
 Con sordo acento resuenan.
 Hidalgo, Allende, Jiménez,
 Y Aldama, miran de cerca,
 Y parece que al mirarlos
 Dan de vida claras muestras
 En cuatro gruesas escarpías
 A los cuatro vientos puestas,
 Los verdugos impassibles
 Colocaron las cabezas
 Y allí quedaron, para unos
 De escarmiento como muestra,
 Pero para otros clamando
 Por la Santa Independencia.
 Cuando pasan los patriotas
 Les juran venganza eterna;
 Cuando bajo esas escarpías
 La humilde plebe atraviesa,

Detiene los tristes pasos,
 Se persigna con la diestra,
 Y se descubre la frente
 Con amor y reverencia.



ROMANCE DEL PADRE TALAMANTES.

I

Bulto negro, bulto negro
 Que remedas el espanto,
 En las sombras de la noche
 Y en paraje tan extraño
 Dime si eres alma en pena
 Para rezarte un sudario,
 Y si andas en aventuras
 Para encomendarte al diablo.
 Así pensaba un esbirro,
 Las pisadas acechando
 De un bulto, que desprendido
 De la espalda de Palacio,
 Por plazas y callejones
 Se escurria cual relámpago.
 Al Puente de Manzanares:
 El bulto guia sus pasos,

Y llega á *la puerta falsa*
 Del convento venerado
 De la Merced, do penetra,
 Al vil sabueso burlando;
 Però tiene tal consigna
 El esbirro, es tal su cargo,
 Y el Oidor que lo dirige
 Tiene tal poder y mando,
 Que á pesar de los pesares,
 Y del sueño y del cansancio,
 Frente de la puerta dijo:
 "No hay remedio, aquí me clavo."

II

En una apartada celda
 Del templo de la Merced,
 Asilo de un padre grave
 Y de su claustro honra y prez,
 Con sillones de vaqueta,
 Con libros como á granel,
 Con Cristo de Guatemala
 Y con pretensioso tren,
 Entraba el desconocido
 Que hora vais á conocer.

—Fr. Melchor, al fin nos vemos.

—Gracias mil, señor Virey.

—Tomad asiento.—

Sentóse;

Sentóse el Padre tambien

Miéntras ordena el legajo

Que entre sus manos se ve,

Que bosqueje su retrato

Diligente mi pincel:

Fr. Melchor de Talamantes,

Que al frente, lector, teneis,

Vió en Lima la luz primera;

Y su influjo y su saber

Le trajeron á este suelo,

Que era su encanto y su bien.

Cabello de ébano y nieve,

Flaco, de amarilla tez,

Ojos hundidos y negros,

Alta frente, hundida sien

Que anunciaba penitencia,

Seriedad y madurez,

Y desprecio de las galas

Y del mundano oropel;

Però si un punto alumbraba

En ese ascético sér

De libertad una chispa,

Un destello de su ley,

Entónces se trasformaba,

Y ardiente y con altivez,
 Y dominante y sublime,
 De independenciam el poder
 Encarecia elocuente,
 Y subyugaba tambien.
 Él al saber lo de España
 Y la invasion del francés
 Multiplicóse atrevido,
 Y acudiendo á su saber,
 Formuló planes profundos,
 Sedujo astuto al Virey,
 Y para la Independencia
 Era apóstol y sosten.

 III

El abultado legajo
 Dice: "*Representacion*
De las Colonias," y explaya
 Sus derechos con valor,
 Y sus fueros; designaba
 A México cual Nacion,
 Y al Virey confiere el mando,
 Y los títulos de honor
 El Virey unos momentos
 Expresaba confusion;

Otros contento y á veces
 Como sorpresa y terror;
 Y al fin, le dijo en voz baja,
 Y tanto, que no se oyó,
 Que el fraile le echó los brazos
 Con grande satisfaccion,
 Y su frente majestuosa
 Alumbraba como sol.

 IV

Cambió la escena: ya mandan
 Los audaces Parianistas,
 Y de Garibay caduco
 Y su mano que vacila,
 Se desprenden como rayos
 Odio y venganzas inícuas.
 A Cardenal don Ciriaco
 Cual verdugo se designa
 Para hacer á Talamantes
 La farsa de la justicia.
 Se le requiere con furia;
 Él con voz despreciativa
 Contesta, y en sus principios
 Grande y severo se afirma.
 Se recurre á los halagos,
 Y el noble fraile se indigna;

Alza vago descontento,
 Rumores de simpatía,
 Y una inesperada aurora
 De Setiembre, triste y fría,
 Solitaria halló la celda
 A que Fr. Melchor dió vida.

A poco San Juan de Ulúa
 Vió en sus muros una víctima,
 Y no más porque el misterio
 Tendió mil sombras malditas
 Sobre el héroe, y ni su tumba
 Con lauros y siemprevivas
 Puede señalar al mundo
 La Patria reconocida.

ROMANCE SUELTO DE LA INSURRECCION.

LEYENDA.

I

Chaqueton de paño burdo
 Vecino de la rodilla;
 Tosco pantalon mezclilla
 Con su franja carmesí;
 Cráneo macizo y cuadrado,
 Tosco pelo, ojo pequeño,
 Piel cual corteza de leño,
 Conjunto brusco y cerril.

El sombrero hasta las cejas,
 La camándula en la mano,
 Jactándose de cristiano
 Y de amigo del Virey;
 Juan Bautista de la Torre,
 Capitan de un regimiento,
 Érase en aquel momento
 Del vireinato sosten.

Y al correr de su rosario
Las harto melladas cuentas,
Soñaba escenas sangrientas
Para honra y gloria de Dios.

En el valle de Toluca
En que mandan él y Mora
Su segundo, asoladora
Dejó su huella el terror.

Canseco, jefe insurgente,
Su paso atrevido hostiga,
Y él en su saña enemiga,
A Dios y al rey por servir,
Tala pueblos, con la sangre
De los inermes se embriaga,
Y á cada muerte le halaga
"Bendito Dios" repetir.

Era el primer mes del año
De mil ochocientos once,
Cuando su pecho de bronce
Del primer triunfo gozó.

Cacalomacan se nombra
La hacienda que entregó al fuego,
Aunque en tranquilo sosiego
Sus habitantes halló.

Y allí, en medio á los gemidos
De tortura y agonía,
Su rosario recorria
Con afable beatitud

Y así en el cerro de Zayas
Insurgentes se inmolaron,
Diciendo: "que se mandaron
Al infierno. Amén, Jesus."

Xocotitlan en pavesas
Guardó del tigre la pista,
Y era, en fin, don Juan Bautista
Del cielo la maldicion.

Saltó á la palestra López
Benedicto, y dijo: "Muera
Ese de entrañas de fiera
Y de los indios terror."

A su voz acude Oviedo,
Jefe entusiasta y despierto,
Y ya de Ocurio en el puerto
Resuelto á Torre esperó.

Torre acomete impetuoso,
Sorprende la artillería,
Y López, con bizzarria
Carga, y su rudo furor

Con espada vengadora
Dejó allí, para escarmiento,
Hecho cadáver sangriento
Al aborrecible Mora.

II

Era el tropel de insurgentes
Con hachas, piedras y palos
Destrozando los cañones,
Los ginetes derribando,
Haciendo de proyectiles,
Proyectiles desastrados,
Los cadáveres que ruedan
De las alturas al llano.
Torre quiere guarecerse
Y marcar audaz el alto
A las chusmas, mas no pueden
Los suyos hacer disparos,
Por lo revueltos que llegan
Con sus terribles contrarios.
Emprende Torre la fuga,
Pero detienen su paso
Los árboles hechos muros,
Hechos montes los peñascos.
Oviedo entónces, á un rumbo
Y López por el contrario,

Cercan á los fugitivos
Con furor desesperado.
A Torre se le miraba
Dando señales de espanto,
Junto á un Cura, su compadre,
Confesarse arrodillado;
Y despues dejó á los suyos
A su suerte abandonados
López á los prisioneros
Trata afectuoso y humano,
Y les dejó partir libres
Luego que llegó á Zitácuaro.

III

Rota la sangrienta espada
Y en desórden el vestido,
Con el cabello á los ojos
Y de espanto dando indicios,
Va don Juan Bautista Torre
De Tuxpan por el camino,
Huyendo de la derrota
Que le dió don Benedicto.
Éste, que de aquella fuga
Recibe á tiempo el aviso,
Le sorprende en Xaripeo,
Hacienda, segun se dijo,

Que fué propiedad de Hidalgo,
 Nuestro adorado caudillo.
 Aprehende López á Torre,
 Pero caballero y digno,
 Ni le dirige reproches
 Ni le sujeta á martirios,
 Que las almas bien templadas
 Honran hasta al enemigo;
 Pero á la vista del monstruo,
 El odio estalló en los indios,
 Y la tempestad revienta
 De los brutales instintos;
 Y como los vientos rasgan
 Negras nubes de granizo,
 Y como barre hojas secas
 El airado torbellino,
 Así sus piedras disparan
 Los indios enfurecidos
 Sobre Torre, sin que pueda
 Nadie compartirle auxilio.
 Era un huracan de rabia,
 Eran de odio los aullidos.
 Bajo las piedras se pierde
 El verdugo aborrecido,
 Y ni una cruz da señales
 Del lugar de su suplicio.

ROMANCE DE LA ENTRADA DE CALLEJA.

5 DE FEBRERO.

Las campanas se hacen rajadas
 Y dan vuelta las esquilas;
 En torres y miradores
 Los gallardetes se agitan,
 Y rompen raudos cohetes
 Los aires que llevan "vivas."
 Accesorias y balcones
 Ostentan blancas cortinas,
 Ya plegadas con listones,
 O ya con bandas ceñidas.
 ¿Qué produce tanto gozo?
 ¿Qué enciende tanta alegría?
 Unos responden que el Santo
 De México honra y delicia,
 El de Jesus San Felipe,
 El que á México ilumina:
 Y lo prueban los altares
 Con sus velas encendidas,